Unos Fantoches

Jiménez

897.286
J61f

The Library
of the
University of North Carolina

This book was presented
by
The Rockefeller Foundation

897.286
J61f

UNOS FANTOCHES

POR MAX JIMENEZ

EDICIONES DEL
CONVIVIO
SAN JOSE COSTA RICA

Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/unosfantoches00jimn

MAX JIMÉNEZ

UNOS FANTOCHES...

Portada de TEODORICO QUIRÓS

Ediciones de EL CONVIVIO
SAN JOSÉ, COSTA RICA
1928

REVIEWED BY
PRESERVATION
MICROFILMING

Imprenta y Librería Alsina. San José, Costa Rica

A don Joaquín García Monge este trabajo.

Sabemos los jóvenes cuán duro es iniciarse, y hemos de pagar tributo a la mano firme que llena de conocimiento se tiende a los muchachos.

Hay quienes gozan de la misma buena voluntad pero no lo hacen, acaso, por falta del requerido y libre juicio, y el temor, por consecuencia, de que sus augurios resulten fallidos. No quiero hacer mención del egoísmo.

M. J.

453792
897.286
J61f

Antes del tema

Tengo para mí, que todo relato puede hacerse en cuatro palabras, a menos de correr el riesgo de caer en lo fastidioso, censurable falta que he procurado remediar recurriendo a la novedad que traen consigo los cambios. Ha de abonárseme, por lo menos, el buen propósito.

M. J.

Sucede con lo que contamos, lo que a la nieve desprendida de las alturas: se vuelve peligrosa al aumentarse en la pendiente. En principio todo relato, forzosamente tiene de autenticidad, la cual se pierde rodando de una a otra imaginación, y en ocasiones uno mismo se apropia tanto del tema que hasta se olvida uno que el vecino ha pasado por circunstancias similares. Me recuerda el caso presente esas paciencias de los niños: a capricho forma uno un paisaje con la propia vida mezclada a la de los otros, es así como empiezo a destacar desde un recuerdo imaginativo la primer figura:

Él

Erase un señor escritor que había llevado hasta el teatro sus literaturas, no había gustado de ruidosos triunfos ni grandes fracasos, y él mismo decía que las más altas cumbres eran escarpadas y que las caídas eran forzosas al pretender subir muy alto.

Amaba los personajes de sus comedias tanto, que fueron cobrando tal poderío sobre su ánimo hasta arrastrarlo a una comedia en su propia existencia, una comedia en el amplio escenario de los días.

Era de aspecto mediocre que él mismo no se preocupaba de realzar, y en sus producciones se conformaba con adaptarse al juego de pasiones que daban vitalidad a sus obras, hace al caso la rosa de los vientos, que es de ellos su juguete.

Mucho le había el teatro apasionado, y fuese viendo de actor, casi sin darse cuenta y acaso creyendo que preparaba una nueva obra que ofrecer al público que aplaudió las vidas teatrales que había hecho traficar por los escenarios.

Démosle una estatura larga y descarnada, figurémosle con los ojos pequeños, pues de poco le servían porque su vida era interior, una cabellera negra, pero ya un poco despoblada por la edad, era su figura algo así como un adaptarse a las cosas externas haciéndolas pasar del propio tamiz al teatro.

A fuerza de preocuparse por sus muñecos se había desapegado tanto a la vida real, que había perdido el

tráfico en las pasiones diarias, a tal punto, que sin darse cuenta se vió jugando una comedia, de esas creadas por el azar, que nos maneja desde hilos invisibles, que hace de los hombres fantoches...

Ella

Era rubia y pálida, una espiga nacida en el trópico, un capricho de la naturaleza. Su vida era tan absurda, como la existencia de las plantas tropicales cultivadas en los palmerios bajo un sol raquítico, al abrigo de una temperatura artificial.

Estaba entre ese número de mujeres que no parecen llevar vida de presente, o por lo menos que semejan no darse cuenta del valor de las cosas, mujeres que parecen vivir en el pasado, vidas que aparentan no haberse completado, y que pasan por la tierra, con sólo media conciencia; son mujeres que como la sensitiva se contraen bajo leves motivos, con un gesto así, casi inconsciente, como el de la planta esa, que para no sufrir, se duerme.

La vida al lado de su marido le resultaba insípida, un señor que se pasaba los días meditando, muy poco

estaba él sobre la tierra. El ambiente de su marido, la necesidad del público que él requería, la forzaba a ser amable, también con cierta clase de jóvenes que pupulan entre las llamadas clases sociales, gentes insípidas de gran acicalamiento en su vestir, sin derrotero en la vida y que difícilmente se explica uno cómo andan al trato de gentes de valer, y que acaso se deba a la necesidad que experimentan los cerebrales de pasar unos ratos, sea por reposo, entre objetos de poco valer. El caso es, que con su fardo de imbecilidad resultan menos enojosos que las gentes que usan de personal opinión. Tienen por profesión entornar los ojos a las mujeres y decir de molde cuatro cosas que juzgan de gran efecto; dícense conquistadores, saben muchas recetas de *cocteils*, no es raro que hablen de propiedades imaginarias, y sobre todo, ríen ficticiamente con las mujeres, y asienten con ellas en los más pequeños detalles.

De ese grupo, que a veces hace representación diplomática por influencias del padre en el gobierno, con mentes mal llenas de ilusorios fantoches... salió:

El amante

Un señor sin ocupación fija, por lo menos, que se supiera; decía que ganaba sumas en el juego, nunca se embriagaba en las fiestas sociales, la lectura de cuatro libros entre ellos unas novelas históricas lo había autorizado para hacer papel de gente instruida, y mucho lo elevaban dos rayas: la de los cabellos y la del pantalón; no era hombre de negocios, ni artista, nunca siquiera había ocupado un puesto de gobierno, pero sin embargo lo sabía, él valía mucho... ¡él era algo muy grande! Sí; tendremos que abonarle algunos rápidos acatamientos en la conversación y algunos dichos fijos que entrelazaba ocurrentemente en el hablar. Guardaba modales en suficiente cantidad, y sonreía con estudiada dulzura; sabía las especialidades de cada hotel en sus comidas, viajaba frecuentemente sin que nadie supiera a punto fijo de dónde procedían los dineros, contaba de fincas que había tenido y de grandes transacciones de bolsa. Lo dicho era más o menos, nuestro tercer personaje.

El público

Un personaje más, el público, lo considero como una sola persona, pues que son tan afines las ocupaciones de cada uno que compone la masa y tan semejantes sus preocupaciones que bien se puede considerar como un mismo ser. He leído que hay gran diferencia entre un hombre y otro, pero soy partidario de creer que mucho nos parecemos unos y otros. Las cosas que suceden a los otros nos sorprenden siempre, no obstante ser la repetición de un mismo asunto, o de parecida suerte, queda por lo menos el camino de creer que nos apartamos unos de otros por muy corta distancia, o será aquello de que vivimos encadenados a nosotros mismos a tal extremo, que ni siquiera podemos abandonarnos para juzgar a los demás y siempre al son de los enredos, está bailando uno mismo.

Los públicos son caprichosos, a manera de un niño, tal vez con la misma inconsciencia del chiquillo que acaricia su juguete preferido, que momentos después ha de destruir por su mal trato.

Sucede en los lugares no muy grandes, y aun en los populosos, que

se lleva buena cuenta de las andandanzas vecinales. Aconteció que el lunetario de este relato se enteró de que la esposa del comediógrafo veíase en diversiones sobrado a menudo, con el galán joven de que antes nos ocupamos, y de que el trato de ambos despasaba los límites de lo usual.

El público fué quitando y poniendo a sabor suyo, los veía en los parques por las noches; otros del marido contaban terribles celos,quiénes presentían la vecindad de una pavorosa tragedia. Se había visto al marido limpiando sus armas, y hasta conversando a solas con una bala.

Las amigas de *Ella* no sabían qué camino tomar, la verdad es que nada había de probado, era tan de mundo, tan simpática, tan inteligente, que se le podían perdonar algunos caprichos, y desde luego nada había de exacto en los comentarios de la calle. Y hasta algunas jovencitas les pareció casi de buen tono andar con una mujer tan interesante y por la cual se preocupaba toda la ciudad.

El autor

En un relato en que un escritor está jugando su propia comedia, nada

tiene de extraño que el autor sea personaje, y así, haga sus consideraciones; esto porque tiene algunas preocupaciones de estilo, y duda si debe serse llano o complejo, el campo de la duda es muy digno de atención, y lo afirma porque nuestro mayor dón y punto de partida para todo que es la vida, se nos presenta rodeada de velos en cantidad tan infinita que nunca acabamos de descorrer. O quizás seamos nosotros los que necesitamos enrededar la madeja, y sea la vida llana y nosotros los complejos. En todo caso la duda es amable compañera y aun en los detalles de la vida más vale siempre que exista cierta oscuridad y no la desnuda crueldad de la verdad pura.

También el motivo hace vacilar al autor, porque no es de lo más alto eso de venirse ocupando de asuntos tales como el que me traigo a manos, pero queda el recurso de provocar la reacción que existe al tratarse de lo que no es la vida recta, y puede también atenderse al poder que tiene lo diario, hablo de lo que puede la costumbre, hablo de los motivos que se traen en uso, y así:

Él

Empezó a oír vagas alusiones de su esposa, que en verdad para él no había cambiado nada; le hablaban con alguna sorna de su amigo, que lo era bastante íntimo, el insípido joven; él poco había notado, no más las atenciones habituales con su señora, y que hablaba a su esposa con alguna autoridad, que había creído siempre que se debía al carácter de su amigo, pero sin embargo, aquello le chocaba un poco.

El amante

Oía elogios por todas partes, lo felicitaban por ser el agraciado de una mujer tan bella, y nuestro hombre se fué sintiendo amante en serio. Andaba por las calles más sobre si mismo, y lanzaba a mayor distancia el humo de su cigarrillo. Por momentos le pasaban por el cuerpo ligeras ráfagas de miedo, mas se dominaba, claro está, para conseguir algo bueno, era necesario exponer aunque fuera solamente un poco el pellejo. Realmente, fortunas como la suya había pocas, y la imaginación empezó su trabajo, él sí que era

afortunado; y fuese creando una vida en los aires, la realidad de las cosas para qué profundizarla? Él era muy afortunado, por algo se enamoraban de él las mujeres...seguramente, el valía mucho...

El autor

Que este relato es sobrado común? Mas la vida es en distintas circunstancias un perpetuo repetirse; en esto de escritores se trata por lo general del mismo viejo esqueleto al cual le probamos trajes nuevos.

Acaso lo contado sea algo duro... no pierde el autor la conciencia de que otros lo hacen dulcemente, mas el estilo, que acaso sea el vestido ese de que he hablado, es uno mismo que va quedando por las páginas, y es el caso, hay que confesarlo, que el gusano no teje con el hilo de la araña.

El estilo es la imagen que refleja la fuente siempre que a ella asomamos nuestra persona, y en eso de contar lo que sabemos o imaginamos sucede que las páginas son la fuente, y el estilo la imagen, y así vengo tratando de hablar de la personalidad, no obstante sin suaves inflexiones,

siempre será preferible lo propio que el adaptarse a superiores clasificados, mayormente si se atiende a todo lo ridículo y artísticamente pobre que resulta en esto de asuntos de espíritu la imitación.

El público

Hubo quien los vió juntos a la hora en que el sol se ha ido de la tierra, bajo una noche clara en que los árboles juegan de fantasmas, en que la luna es una uña desprendida al Creador, en que a lo lejos las chimeneas son a manera de dedos salidos a la tierra que acarician suavemente el cielo con su color rosa, que los focos de la vecina ciudad comunican a la altura.

Díjose que se veían como faltos de los brazos, y que a veces la sombra proyectada se hacía una. Se afirmó que depasaban los límites de cualquier pareja que desea conducirse correctamente, y con mayor motivo si se atiende, a que nunca se está solo en la más completa soledad.

Y la ola de chismes fuese haciendo grande, y hasta se llegaron al marido gentes de gran conciencia, señores de esos que no aman ver incorrec-

ciones, y quienes se sienten íntimamente obligados a indicar a sus amigos lo que se murmura de ellos por el mucho cariño que les tienen y para que tomen sus medidas, por supuesto, no existe el menor ánimo de molestar, antes bien, de defender a la persona que estiman, del chisme público; Dios los libre de andar metiendo la cizaña, pero el caso es, que el cariño obliga, y es muy penoso ver a tan alto personaje en ridículo, además, se trata de obrar como el deber de amigo manda, y según la propia y recta conciencia.

Uno salido del público, señor muy perito en tales asuntos, dijo armándose de su habilidad en tales casos, al marido víctima: «Amigo mío, me trae el más desagradable de los asuntos, y sólo después de una gran lucha entre el cariño que le tengo y la molestia que puedo causarle, me he decidido a venir a Ud. porque se trata, le repito que es muy penoso para mí, de la inmaculada, hasta ahora reputación de su señora esposa, nadie, claro está, se atrevería a dudar de ella, pero es el caso de que no le conviene el continuado trato con tal individuo, porque ha hecho caer en menosprecio otras damas, muy de

encopetada alcurnia, y claro, mi proceder es para que no se repita el caso en su dignísima esposa, yo no quiero verme en enredos, antes bien, siempre he huido de ellos, obre de esta suerte, lo sabe Ud. mi distinguido amigo por el gran cariño y aprecio que le tengo» a lo que contestó el marido (dominando su emoción): «sí, bondadoso amigo, yo siempre he sabido que Ud. me tenía mucho cariño y hoy da evidente prueba de ello, créame que le quedaré muy agradecido por este señalado servicio que me hace, sin embargo, me parece que el público es un poco injusto con mi correcta esposa, de lo cual estará usted bien enterado, y sabrá que se trata simplemente de la maledicencia de los otros, en todo caso crea en lo reconocido que le estoy».

El marido

Los acontecimientos lo iban arrastrando a jugar un papel en la comedia de sus días, y fuése apartando de la vida habitual, de la vida de sus comedias, para ser arrastrado a hacer de fantoche en su propia existencia.

Por las calles, de paseo, ya no acariciaba motivos para sus comedias,

más bien, la vista de unos y otros le recordaba y avivaba el asunto que le traía maltratado el alma; qué doloroso le era ver pasar a otros de quienes él había hecho mofa porque los engañaban sus esposas, y ellos no lo sabían...! él que había sido un caballero sin tacha, él que siempre había tenido la idea de cometer una locura si eso le llegara a suceder, cómo podía enturbiarse el agua clara de su vida, por momentos montaba en cólera, mas para qué esos cálculos, para qué aquellos razonamientos? acaso tenía el derecho de dudar de su esposa menospreciada por la infamia pública?

Marido y mujer

MARIDO.—*(Haciendo doloroso esfuerzo sobre sí mismo).* Andan voces por esas calles, de que tu amistad con ese individuo depasa los límites de lo común, he de advertirte que yo no creo nada de lo que se me ha dicho, estoy completamente seguro de todo lo que me amas, sin embargo, ese majadero mucho te busca en los bailes y para evitar comentarios bien harías en retirar esa amistad, con lo cual, tú no pierdes nada, y te evita-

rás ser el motivo de habladurías públicas.

MUJER.—*(Encolerizada).* Eres un canalla, te prohibo terminantemente que me hables de esos asuntos, él es tan amigo tuyo como mío, tú vives siempre en tus comedias y yo me fastidio horriblemente, ese muchacho es muy divertido, lo que hago es simplemente matar el tiempo, se trata simplemente de un nuevo amigo como he tenido tantos, tú antes, nunca me habías dicho nada... además tú sabes que no tenemos hijos y es por culpa tuya...

MARIDO.—Tal vez tengas razón, yo poco me ocupo de ti. en cuanto a los hijos siempre te he dicho que si no los tenemos es por culpa tuya, y aun si fuera mía, eso no excusa que tengas una amistad de la cual no soy partidario.

El amante

Fué cobrando autoridad, del público oía a diario todo lo afortunado que él era. Empezaba a dirigirse a su conquista con voz de mando; algunas veces la realidad de las cosas lo desilusionaba un poco, pero rápidamente reaccionaba; él, en verdad, era todo un hombre afortunado.

Marido, esposa y amante

MARIDO.—Estimado amigo, Ud. sabe el cariño y aprecio que yo le guardo, solamente tendré que decirle, lo cual es muy doloroso para mí, que andan críticas por las calles que ningún bien nos hacen. Ud. sabe lo ingrato que son los públicos, de su amistad con nosotros nada bueno se comenta.

EL AMANTE.—Aseguro a Ud., señor, que no comprendo nada.

MUJER.—Sí, esa es la ingratitud de las gentes, no puede una ni siquiera tener amigos, aunque quién sabe si de parte de mi marido exista alguna exageración, porque la verdad es que a mí nadie me ha enterado de nada, salvo mi marido que después de tantos años de casados como que está decidido a hacer el ridículo de un marido celoso.

EL AMANTE.—Amigo mío, yo siento tanto cariño por Ud. como por su señora esposa, veo con tristeza que Ud. duda de mi amistad y quiero advertirle, y perdone el tono algo exaltado, que yo soy incapaz de traicionar a un amigo, y mucho menos de maltratar gentes por las cuales guardo un tan inmenso cariño; sí, no habré de negarle, que su simpatía y

talento me atraen en extremo, las gentes no tienen ninguna razón para hablar, y Ud., como gran escritor, sabe que los públicos son crueles y que cuando le ponen miras a uno, ya sea por envidias u otras razones, es hasta hacer grave daño. Las gentes son muy malas y cuando no tienen motivos de que hablar como en el caso presente, los inventan.

El autor

Acaso este sistema de relato truncado no sea de lo corriente, el fin es conseguir brevedad, así, aunque el todo sea extenso, algo se logra si los eslabones de la cadena son pequeños. Culpa es de la vida moderna que nos exige variedad; la actividad en que vivimos no da lugar a escritos que pasen de cierto límite, para llenar páginas de páginas tiene que llegarse a un hablar por hablar, que roba tiempo al lector. La tendencia es general: reducir volumen y aumentar calidad. Es inclinación creer que en módica cantidad conviene el mayor esfuerzo de calidad.

También ha de repararse que más vivos son los trabajos cortos o por lo menos muy divididos, pues cada

día se nos presenta en un nuevo estado de espíritu, y siendo breves, se evita la lucha entre lo que pensamos de nuevo y lo que ya tenemos hecho de trabajo.

Habrá de alegárseme que con el hábito puede llegarse a identificar el autor con sólo la vida de su libro; puede el hábito conseguir muchas cosas, pero siempre serán perceptibles los distintos estados de ánimo que componen una obra.

Otro personaje

Una mujer con quien vivía el amante, una pobre mujer, una de tantas que hacía comedia sensual, una pobre mujer que decía ser ella el único caso de su familia, contaba con cierto orgullo el nombre del señorito muy encopetado que la había lanzado a esa vida, pero ella no tenía ninguna vocación, era la necesidad la que la había llevado a ese precipicio. De una de sus varias conexiones le había resultado una hija que ella defendía como una leona contra el destino que le marcaba la fatalidad; la muchachilla pasaba ya de los quince, y los hombres, decía ella, son contrarios a los animales, en eso de

las carnes, los amos del mundo gustan de las carnes frescas.

Había leído los principios y fines de varios libros, entre ellos las historias de algunas mundanas célebres; amaba, decía, la literatura, y para defenderse un poco de la profesión que ejercía, contaba de la maldad de los hombres, de lo brutos que eran, y de los engaños que la habían hecho sufrir.

Sin embargo amaba al joven de nuestra historia, le parecía muy elegante y hasta le achacaba la paternidad de su hija.

El autor

Uno ama en un relato, un hilo continuado y fácil, mas eso es lo de siempre. Decía Cocteau, que al ver una obra nueva caemos del plano en que vivimos habitualmente, y la caída produce risa, o susto, también poco amamos ver torcerse el camino común y sin embargo, ha de irse por una senda que no esté muy trillada por el traficar de los otros.

Otra vez el autor

Había dejado por unos días empolvarse estas páginas y he de confesar

que cada vez que vuelvo a este empeño tengo que hacer un esfuerzo para vencer la diaria preocupación y adaptarme a las andanzas literarias, acaso los aficionados a toda suerte de artes deberían vivir sin pequeños cuidados y hasta creo que para las artes se requiere una relativa ociosidad.

El amante

La pobre mujer que se entendía con el amante, empezó a sufrir unos celos desesperados, mas el amante en quien la vanidad jugaba un gran papel, en vez de atender a sus palabras se llenaba de gozo y se hacía el razonamiento de que por algo era él tan discutido. . .

Ella

La esposa del escritor se decía: la verdad es que hablan de mí de todas suertes, y yo sin pecado, así, más me valiera, claro está, que con cierto límite, que una sabe guardar cuando es mujer honrada, con gran moderación, tener mis pequeños ratos de recreo.

El

(Haciéndose examen de conciencia). La verdad es que a mi me gustan las mujeres en general, y por qué a ellas les está vedado el derecho de que les agraden varios hombres? Claro está que a mí no me gustaría que ese fuera mi caso, además yo estoy completamente seguro de mi esposa. Y, sin embargo, yo tengo trato con otras mujeres.

El autor

Oscar Wilde decía que no existen libros morales ni inmorales, solamente habían de señalarse los libros por bien y mal escritos; mas si somos sinceros, ha de apuntarse que la estética no excusa en nada la falta de ética.

El

(Aun en sus razonamientos). Sin explicación definitiva, o acaso por los cuidados que debe tributarse a la familia, la mujer debe fidelidad a su esposo, es una cosa histórica, y hasta llegándose a la naturaleza algo más animal que el hombre, se ve que un

macho sirve de continuador de la especie por el medio de muchas hembras, y sin embargo a éstas, si bien se repara, lo mismo les da que sea uno u otro, no andan ellas buscando el autor de sus hijos... con estos y otros razonamientos fuése él calmando de la tormenta de sus ideas primitivas. En la vida él lo decía, hace falta un poco de comprensión. Había que ser tolerante, luego, son tan antipáticos los escándalos... claro, todo ello partiendo de la base inicial que era la honorabilidad sin tacha de su esposa, además él conocía o había leído de amores espirituales la mar de interesantes, sin ninguna complicación de la vida real, seguramente, la mar de interesantes, a tal punto, que él escribiría una comedia de todo lo que le estaba sucediendo.

El amante

Poseído de su frescura habitual insistía en sus visitas, ella aceptaba sus requiebros con alguna facilidad, y hasta daban sus paseítos mientras el marido escribía su propia comedia. Iban a la orilla de un gran río, a gustar de cierta sensualidad que tiene

la naturaleza en su exuberancia al hermanarse con las aguas; el agua hace remansos de un verde profundo, precipitándose más allá, para seguir su canto, hay momentos en que esas aguas tranquilas de los ríos anchurosos se diría que detienen su marcha porque en su serenidad se ha anidado un pensamiento profundo, o será acaso por respeto a los añosos árboles que acompañan el río en su cauce, y que con sus raíces descarnadas semejan titanes desgarrando la tierra, en otras partes las aguas al dar con las piedras se rizan en espumas blancas. Cuando la naturaleza se asocia en sus elementos tiene un no sé qué de superior a nuestros fines y entonces, nos detenemos en nuestros propósitos para oír correr las aguas, para atender al roce de las hojas, en fin, que la naturaleza nos roba toda suerte de pensamientos y nos entregamos a ella por sus colores y por sus ruidos siempre familiares...

El público

El público, que es persona que todo lo complica, había dejado a nuestros personajes en tranquilidad, necesita el chisme callejero novedades, todos

en una u otra ocasión somos del dedo público señalados, el asunto es que la voz pública es insaciable, de ese mismo seno nacen los fantoches que han de hacer llorar y reír, el caso es que la vida se hace fastidiosa y siempre requiere el ambiente social alguna nueva tragedia, alguna nueva trama que traer a cuento.

El autor

Podría aquí perfectamente terminar este relato, siempre es tiempo para terminar una historia dejando así que trabaje la imaginación del lector, soy partidario de las cosas inconclusas, las cosas en gestación dan cabida a los otros para sentirse creadores, además gozan del misterio que nos hace la vida llevadera, es aquello de saber las cosas a medias, son los velos esos que nos defienden de tantas crueldades en la vida. Además creo que entra en las emociones de estética aquello de contrariar el gusto habitual de las gentes, produciendo así un nuevo sentimiento.

Sin embargo, me asalta la idea del éxito, la idea de agradar, mas el éxito es relativo, no todo lo que escribimos ha de gustar a todos, y lo

muy aplaudido se va perdiendo, a veces, en un lejano horizonte de pasado, sucediendo a lo no muy recibido en bullicio como a los vinos que mejoran al hacerse añosos, y acaso el éxito esté basado en el contentamiento consigo mismo.

Una luz de oro, que filtran los árboles y llega hasta mí por el espacio que deja el marco de mi ventana, me dicta que los apartamientos de la línea común de los hombres no valen la pena, y que todas las tramas sociales son variaciones del misno asunto.

Y entonces por qué dar estas líneas a la publicidad? pues justamente por las consideraciones, por lo nuevo, y acaso atendiendo a que todo lo que tenga algo de suave análisis nos hace llevadero el tiempo.

Hay un momento psicológico en que necesitamos concluir un relato y seguir persiguiendo cantidad, va muy en contra de su beneficio, así dejo al Escritor, a Ella, al Amante, a la Mujer, hundirse en la nebulosa de la vida, que ella los lleve a donde mejor les parezca ya que de la existencia y sus caprichos no somos más que unos pobres fantoches.

Solamente, quiero reparar, que dejo aquí estas líneas conclusas o inconclusas viendo el Sol ahorrarse como una inmensa moneda de oro allá tras de una cordillera azul.....

Antes de la parte que sigue

Gentes de cuidadoso pensar, y medrosas del fracaso, me han dicho que se debe pulimucho, me han citado de autores que labor raron años sobre el mismo asunto. Tal consejo me ha recordado esos cuadros que el excesivo retocar torno marchitos.

Otros me han elogiado la espontaneidad. Me he quedado con los últimos, y con los errores hijos de ésta, que al menos, he cometido de buena fe.

Revive el relato

Las páginas que preceden fueron publicadas a manera de folleto, y sucedió que tantas gentes trataron de apropiarse del caso que se hizo imposible su circulación, múltiples fueron las apreciaciones y de nada valieron las intenciones de hacer perderse a los personajes en una nebulosa de duda, el público hizo del autor uno de tantos fantoches de este relato.

Estoy a bordo, oyendo como el barco hace de las aguas fácil división y el murmullo de las aguas que ofendidas en su voluptuosidad se torna en pétalos blancos que deshoja el barco de la corola azul del mar.

Otra vez a la proa del barco de mi vida revoletean ilusiones, quedan a la popa los desengaños, los fracasos, y otra vez, habiendo mudado de espíritu prendo en el horizonte una nueva ambición.

Es aquí a donde mi memoria cobra los hilos de los muñecos que había

animado, y que la imaginación del público convirtió en realidad. He tenido la idea de desarrollar mi farsa entre animales, pero he pensado que es inútil, porque acaso los hombres hasta ellos desciendan para sentirse ofendidos por un doble motivo, el de la trama, y el del parecido con los seres esos que no usan de razón.

La perturbación que causó mi folleto fué grande, y hasta críticas existieron, un amigo que nada tenía que ver en asuntos de faldas publicó la siguiente crítica

«*Unos Fantoches...* es una obrita original quizás excesivamente original» basada en una idea bella, genial, de firmes caracteres, inconclusa, no por incapacidad sino por darle un incentivo más de belleza, en su desarrollo hay observaciones y figuras de verdadero valor literario y psicológico, pero pocas veces hemos visto un desacierto más notable que el de la forma de esta obra, desacierto de dicción que obscurece totalmente el valor artístico de este ensayo de novela. No sabemos hasta dónde Max Jiménez haya sido influido por sus ideas sobre arte moderno al escribir *Unos Fantoches...* pero sí son ellas las que han restado méritos a su primera

novela, puesto que él es modernista en pintura, en escultura y en literatura».

Ya se vé que mi amigo se desquició por la forma del relato y es algo que uno difícilmente se explica, somos amigos de lo novedoso, y sin embargo, cuando se presenta a primera vista lo rechazamos, o acaso será que en eso de arte, existe algo de conquista por un camino y una vez dueños de él lo guardamos a manera de presa y entonces sucede, que todo lo que se aparta de la vía personal nos parece equivocado. Y sin embargo, creo, que una forma de relato que deja ver «observaciones y figuras de verdadero valor literario» no es enteramente deficiente.

Diríase que ando tomando drogas en salud, mas ya el mal fué señalado en estos pobres Fantoches, que vieron el claro tan a medias y que el público no dejó que murieran como era mi deseo. Fué así como este relato que no logró ver la luz, siguió viviendo:

El autor

(Ahora con el temor de seguir sacando a la luz lo que los personajes creen que el público ignora).

Una voz

Pero esto es una perfidia, esto nos daña a todos, eso de andarle sacando los trapos sucios a los demás es una canallada.

El autor

Yo le he dado a muchas gentes para que lean el folleto antes de publicarlo y nada han encontrado de particular, amigos mios me dijeron que la trama estaba interesante, un poeta fué partidario de la forma del relato.

La misma voz

Está bien, sometemos esto a juicio.

El público

(Influenciado por la primera voz). —Aquí se dejan ver detalles terribles, se debe recoger esa novela, hasta empezamos a creer que peligra la vida del autor.

El autor

Se va poniendo gradualmente nervioso, se encuentra por las calles con

individuos en los cuales se ha cometido adulterio y cree que se han apropiado del relato.... decididamente hay que recoger el folleto, acaso no deben publicarse relatos en los cuales median engaños; tanta gente se lo adueña que cobro cierto valor, en la idea de que a los ofendidos le queda el recurso de ponerlos a pelearse entre sí, y luego le quedará la excusa de decir: «yo he querido relatar el caso de fulano, siento mucho señor, (porque generalmente se trata de señores) que mi relato se parezca tanto a su asunto, ya el original me lo había cobrado tal o cual otro personaje».

Hasta las gentes que me tienen cariño lo ven con cierta lástima, él mismo echa de cuentas de que tiene todavía algunos años por vivir y es doloroso morir de muerte accidental, decide recoger el folleto y entonces se vale de alguien en el público que se considera también damnificado. Afortunadamente el folleto no se había vendido ni al precio de 25 céntimos. La demanda vino después cuando el público supo que el relato era adaptable a varios adulterios. Es tal vez muy cruel eso de dejar a un público sin poder poner bajo de *Él,*

Ella y *El amante,* nombres a su gusto y es por eso que quiero continuar la historia, la historia que por estética había dejado inconclusa y que ahora termino, sabedor de que unos pondrán unos nombres y otros los del enredo que más de cerca han vivido.

Insiste en aclarar el autor que ha sido público de su relato, y a su vez fantoche del público, que es lo que en verdad somos en la vida *¡fantoches!* que acaso por muy torpes no sentimos los hilos por donde nos lleva el capricho de los otros y el destino.

Él

Se veía obligade a poner paz entre su esposa y su amigo, porque éste se había puesto insoportable, le hablaba fuerte, y a su vez su esposa, que siempre había sido tan comedida, lo regañaba y se ponía rabiosa. El realmente se extrañaba del grado a que podía llegar una amistad, pero su papel era guardar el respeto de la casa y así les indicaba, que no valía la pena andar discutiendo por detalles, que la vida era algo muy limitado que había que llevar con filosofía. Además, él tenía que velar por la tranquilidad de su esposa, es

verdad que mucho la habían criticado, pero ello era debido a la falta de oficio de las gentes... porque lo necesario era tener la conciencia tranquila y estar seguro de las altas dotes de honorabilidad de su esposa. No hay que dudar que aquellos gestos bruscos de parte de ellos por momentos le molestaban, pero él bien lo sabía, y más se conoce cuando se dedica uno a estudiar carácteres, las amistades son todas distintas, es asunto de temperamentos.

Una mujer

La que se había liado con el Amante, fué aumentando en celos, y lo peor era que sus compañeras le hacían burla, aquello la ponía hecha una fiera, se decidió a hablarle claro al único hombre que ella había querido, y le dijo en tono suplicante, que no fuera ingrato, que realmente su condición no era tan elevada como la de esa otra señorona, pero que ella lo quería con toda su alma, que era el único motivo de su existencia, que ella a él le debía su regeneración, que ella por su amor había tornado al camino del bien, y Él desde su desprecio le dijo, que haría muy bien

en no meterse en su vida, que él era libre de hacer lo que le daba la gana, y que hiciera el favor de tener más respeto por las gentes de la alta y buena sociedad, todo ello la hizo enfurecer de tal manera que ya fuera de sí le gritaba: «te has creído que esa mujer es distinta a mí? solamente por eso que llaman una posición social, pues bien, has de saber que ella es mucho más culpable que yo, que te guardo consideraciones sin tener ninguna obligación, simplemente porque te quiero, todo el mundo sabe lo que soy; en cambio ella que sí debería fidelidad al hombre que delante de mil ceremonias, en público, y regalos se le ha prometido, se porta como la más vil de las mujeres; pero bien, yo estoy dispuesta a quitarle la máscara esa, de señora honrada, que tan mal le queda, y vas tú a ver cómo ella y yo nos entenderemos muy bien, muchas veces he pensado irme a donde su marido, y decirle claramente el engaño en que lo tiene esa mujer, pero no lo he hecho por el cariño que te tengo, francamente, porque he temido por tu vida....»

El amante

(Asustado). No seas ingrata — y haciéndole gran favor—tú sabes que tú eres la única mujer a quien yo amo, con la esposa de mi amigo yo no tengo nada, absolutamente nada, sencillamente soy amigo de su esposo y cuando no está él para que no se fastidie la entretengo yo, eso lo sabe él y consiente tanto a su señora que hace todo lo posible para que no se fastidie, y además, sintiéndose otra vez domador, si te andas metiendo en mis asuntos, has de saber que no me volverás a ver en tu vida, y luego quién me garantiza que solamente te dedicas a mí? Y te lo repito, si te metes en mis asuntos no me volverás a ver jamás.

Un paréntesis

Había dicho que estaba a bordo... un barco es una especie de arca de Noé, hablo de los distintos espíritus que allí se juntan, hay comerciantes, que ligeramente recuerdan a las aves de rapiña cuando tienen la nariz aguileña y las uñas afiladas, hay gentes inofensivas que hacen memoria de corderos y otros animales do-

mésticos, no faltan imitaciones de aves de corral, tales como los patos, y en cuanto a las pasajeras nada diré de gallinas y otros animalitos, más si de las gaviotas, esos pájaros que anuncian al viajero fastidiado de hacer medio entre mar y cielo, la llegada a la tierra, promesa de la libertad que ha de obtener al dejar el arca esa de Noé.

Algunas veces se me ocurre que acaso Noé se encerró en el arca con sus amigos y que a fuerza de estar con ellos acabó conociéndolos de tal suerte que a cada uno le dió el pasaporte de un animal.

Recuerdo en el barco a dos ancianos, que casi se aruñan, por el viento del abanico eléctrico, uno decía que le hacía daño y el otro que no, hasta que tuvieron que separarlos porque aquello iba a terminar mal.

Venía un señor que cuando le preguntaban si era alemán se ponía furioso y sin embargo, había nacido en Berlín, pero el barco era inglés. También venían señores manchados de negro, de las Antillas, que odiaban horriblemente y despreciaban a los de raza enteramente oscura. . . Venía una negra, esa sí sin el menor viso de blancura, los primeros días todo

el mundo la hacía a un lado, la pobre negra se ponía a leer en voz alta para oír hablar, cuando una noche la oscuridad esa se sentó al piano y cantó una cosa lúgubre que los ingleses encontraron maravillosa, desde ese día, fué un honor hablarle a la hija esa de la noche.

También venían dos individuos, lo más raros, tan raros como que se dedicaban a hacer el bien... tocaban unos instrumentos bajo una noche opaca que parecía ser vista a través de una lágrima, parecía la luna una gran pupila cubierta de nubes, dejaba caer suave luz que el mar hacía de plata. Pensé entonces por los velos del paisaje, en espíritus que por nocturnos se hubiesen quedado en el negro-azul. Por la estela que el mar hace a la luna, su pupila y las mías mantenían compañía. La luna por su aureola de colores me sugería la idea de un redentor, entre los espíritus esos, que se quedaron por nocturnos en el negro-azul. Y los dos hombres plañían sus instrumentos al compás de la armonía esa caprichosa del mar, los dos hombres esos raros, que se dedicaban a hacer el bien.

. . . Ahora, he llegado a París, viendo por todas partes girones de la vieja alma mía, paseando un nuevo vestido, que trato de probar por este medio al viejo esqueleto de la personalidad. . .

El público

Viendo que nada había logrado de extraordinario con sus decires empezó a tolerar o por lo menos a acostumbrarse de las relaciones frecuentadas entre el señor amante y la esposa del comediante, pero gentes de más altos vuelos y dadas a los acontecimientos sociales ya por experiencia o por lo que habían oído, fuéronse a la ya dicha señora, y muy hábilmente la pusieron al tanto de lo que pasaba entre su simpático amigo y una mujer cualquiera, y huelga decir el escándalo, que con ello estaban seguras de producir.

Ella

Dijo al amante: «Francamente amigo mío, no es porque yo tenga nada que ver en su vida íntima, pero eso de andar Ud. frecuentando mujeres de conducta baja, y conocida por todos, no me conviene, y va muy en contra

de mi reputación, desde luego le suplico que no vuelva Ud. a ver a esa mujer o por lo menos que escoja entre ella y yo, no quisiera verme en el caso de proporcionarle un serio disgusto...» El amante respondió: «Amiga mía, no se preocupe Ud.. son habladurías de la gente; también a mí me han dicho que Ud. le anda guiñando el ojo a otros hombres y claro está que, a mí nadie me mete en su vida, pero, si eso continúa voy a decirle muy a pesar mío que aquí se van a promover los màs graves hechos...»

El autor

Ha llegado con la novela a un punto en que todo el mundo va a producir un escándalo y se ha acordado de las palabras del maestro Rodó cuando dice que acaso la otra vida debería ser una galería de estatuas y que cada una de ellas fuera el instante en que uno culminó, el preciso momento en que cada uno está dando toda su luz, y entonces ¿por qué no hacer lo mismo con los libros? ¿Por qué decaer explicando un fin forzoso?, queda siempre el recurso de que estas páginas no mueran, y así será porque se acabarán

unos fantoches, y vendrán otros, siempre tirados por los hilos esos de lo desconocido, siempre operando con la media conciencia que nos arrastra por la vida con una venda ante los ojos, que nos impide ver como se hilan las cosas, y lo poco que somos al lado del destino.

Aquí, en el viejo edificio que habito, con un panorama de construcciones de piedra que reciben tan poca luz que por momentos me parece que las piedras la sienten y dan gracias al sol cuando les manda unos de sus rayos, confirmo que los fantoches seguirán siempre viviendo, porque como se reemplazan las gentes de estas frías construcciones de piedras, unas y otras almas van sucediéndose en las mismas complicaciones de los días, y allá en la América, allá en el trópico, con sus atardeceres que acarician las palmas hijas del Mago Sol, o acá en Europa, entre las tardes de triste plata, en el otoño que desviste a los árboles después de marchitar su túnica, encontrarán estas páginas como las casas frías del paisaje que es de mis ojos, habitantes, fantoches nuevos, siempre existirán, El, Ella, El Amante y nunca faltará Una Mujer...

4h 1 50

897.286 Jiménez
J61f

Unos fantoches

DATE	ISSUED TO
AUG 1 9 '48	[illegible]

This BOOK may be kept out TWO WEEKS ONLY, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00028327793